|  |
| --- |
| **Luis González de Alba: conversar la ciencia**  Juan Nepote  In memoriam † Luis González de Alba  Con la muerte de Luis González de Alba (1944-2016) concluyó un estilo particular de ejercer el periodismo científico en México: diverso y lúcido, apasionado y riguroso, interesado en los datos, en la novedad del resultado pero también en sus significados; instalado en la curiosidad genuina y siempre desde la orilla —lejos de las instituciones y los espacios académicos formales—, constante: si los lunes ensayaba el periodismo de opinión política, cada domingo lo dedicaba a la ciencia; insistente y desafiante, terco y tajante. Exigente, consigo mismo y aún más con los otros, hasta la persecución, González de Alba gozaba de esa rara virtud con la que Fernando Savater se describe: «yo entiendo a los que no entienden».  Alegre y regañón, Luis González de Alba se ocupó de instigar, desde la lectura, la conversación asombrada y razonada en un país desdeñoso, en apariencia, hacia la cultura científica.  **Éste no es lugar para la ciencia** A pesar de que no solemos poner atención en ello, las relaciones entre ciencia y literatura son igual de antiguas que intensas: Goethe se obsesionó tanto con la óptica que se lanzó en un disparejo combate en contra de Newton acerca de la naturaleza de la luz; Lichtenberg, padre de los aforismos —el ingenio empacado en breves dosis—, también fue precursor de la física experimental en Alemania; Charles Darwin sabía moldear la prosa inglesa con tal habilidad que por muchos años sus libros de viaje fueron los más vendidos en las librerías de Inglaterra; Lewis Carroll trabajaba en problemas de lógica formal durante sus horas claras y con su otro nombre: Charles L. Dodgson, mientras que en las oscuras inventaba la fantasía debajo del subsuelo. Chéjov había estudiado medicina, igual que Gertrude Stein. Marguerite Duras se formó como matemática, lo mismo que Yves Bonnefoy. Ernesto Sabato se exilió de la investigación en radiaciones atómicas nucleares para ocuparse de la literatura, así como Thomas Pynchon abandonó la ingeniería física.  **La ciencia en la calle** De esos mismos manantiales abrevó Luis González de Alba; lector omnívoro, en sus intervenciones semanales en las páginas de La Jornada echó mano de múltiples herramientas culturales hasta alcanzar las metas que Fernando del Río ha identificado como fin último de la divulgación científica: «hacer apreciar y entender la realidad científica a personas que viven inmersas en la realidad cotidiana», esto es: «divulgar la ciencia es recrear la realidad científica con elementos de la realidad cotidiana». En La ciencia, la calle y otras mentiras ofrece un recorrido con dos grandes faros para orientar al lector: el tiempo y el conocimiento; los planteamientos filosóficos y científicos alrededor de esos dos conceptos; la cosmología junto con intentos de responder la pregunta: ¿qué ocurre para que sepamos algo? «Mi intención», avisa en las primeras páginas, «fue la de proporcionar al lector horas entretenidas, y no precisamente muchos datos que todos olvidamos pronto. No es éste un libro útil en el sentido en que lo son los textos científicos o los que enseñan alguna técnica, como el cultivo de berenjenas. Saber lo que opinan los cosmólogos sobre la forma del universo durante la primera décima de segundo de su existencia no sirve absolutamente para nada y muy probablemente sea falso; pero puede ser una muy bella experiencia». Los textos son breves, algunos brevísimos, pero justos para construir un ritmo bien concatenado, emocionante, que no suelta al lector, llevándolo por diferentes paisajes, combinando conceptos filosóficos con citas literarias o relatos de experimentos en laboratorio y entregándole un ejemplo preciso que ayuda a comprender  **Con la física moderna hemos topado**  Alguna vez, el sociólogo mexicano Fernando Escalante Gonzalbo llamó por teléfono a Luis González de Alba para invitarlo a escribir algo en una nueva colección de libros que habría de llamarse Amateurs, puesto que los editores sostenían la «sospecha de que la manera más gozosa de acercarse a un tema es ser invitado o seducido por un aficionado, profesional no del tema en cuestión sino de la escritura: por alguien tan atento a lo que dice como a su manera de decirlo». Pero González de Alba rechazó la invitación porque no se le ocurrió ningún tema. Arrepentido, unas horas después le regresó la llamada para proponerle una «historia de cuántica, de 1900, con Planck, al 2000». Así surgió El burro de Sancho y el gato de Schrödinger, que dedicó «a los jóvenes que piensan elegir carrera profesional. Deseo que la narración de la aventura seguida por la física en los últimos cien años entusiasme a algunas almas inquietas», así como a «hombres y mujeres que se preguntan qué es el mundo y de qué está hecha la materia, por qué es tan famoso Einstein, quién es Heisenberg y qué preguntas se hacen los físicos por estos años».  **Conversar a solas** En sus libros, Luis González de Alba se lamentó de la imposibilidad para hablar de ciencia con alguien más, de la hipotética ausencia de interlocutores magnetizados como él por la ciencia. Solitario y quejumbroso, él mismo reconoció: «sigo teniendo la mala costumbre de no preguntar a nadie ni dar a leer manuscritos [...] También es cierto que ningún lector de la editorial descubrió mis errores y sí introdujo alguno, menor, lo cual habla mal del nivel educativo del país». Con gran éxito estimuló la conversación a través de sus textos, pero nunca quiso vincularse personalmente con quienes trabajaban en la divulgación o el periodismo científico. Cuando la Sociedad Mexicana para la Divulgación de la Ciencia y la Técnica festejó sus quince años de existencia en el Congreso Nacional que se organizó en Guadalajara, González de Alba aceptó participar, pero nos dejó plantados, con el auditorio esperándolo. Simplemente no quiso llegar.        Luis Estrada —a quien se le reconoce como el principal pionero de la divulgación científica mexicana en el siglo xx— reconocía que «nuestro trabajo [el del divulgador de la ciencia] no es una labor colectiva y la tendencia actual es la actividad personal o la sujeción al control de una sola persona. No debemos olvidar que la propagación de los conocimientos requiere de la comunicación entre distintos grupos y personas, del ensayo y la experimentación, de la crítica, de tomar en cuenta opiniones y considerar otras experiencias, en fin, de una vida de relación social asociada al quehacer científico».       En el futuro devenir de las actividades de comunicación de la ciencia, sin duda el nombre y la memoria de Luis González de Alba estarán muy presentes. |
| **Nota:** El texto fue editado con fines didácticos. Texto completo disponible en: https://luvina.com.mx/foros/index.php?option=com\_content&task=view&id=2795&Itemid=75 |